

RESEÑA DE
PERSISTENCIA DE LA PREGUNTA POR EL ARTE, DE HERNÁN BORISONIK
(BUENOS AIRES, MIÑO Y DÁVILA, 2022)

AMPARO DIMARCO
(UNMdP)

El libro “Persistencia de la pregunta por el arte” escrito por el Doctor en Ciencias Sociales, Hernán Borisonik, y publicado en 2022 por la editorial Miño y Dávila, se adentra en una pregunta que ha preocupado a pensadores desde la antigüedad: ¿qué es el arte y cuál es su función? Con esta cuestión delineando el trayecto, Borisonik recurrirá a una amplia gama de pensadores a lo largo de 31 capítulos cortos en los que retoma a Aristoteles, Deleuze, Ranciere, Adorno, entre muchos otros. El prólogo titulado “La pregunta infinita”, escrito por Manuel Ignacio Moyano, nos introduce en los entramados del texto alertándonos desde el principio acerca de lo que ya podemos entrever en el título del libro: la urgencia de la pregunta que recorre el escrito en un contexto de cansancio por la vida capitalista. En un tiempo donde la saturación de imágenes parece haber desplazado a la pregunta por el arte, este libro emerge como un recordatorio para contemplar el arte desde la actualidad y preguntarnos *¿qué es el arte hoy?* lo que abre pase a diversas preguntas, pero fundamentalmente a la pregunta por la autonomía del arte en el siglo XXI.

Tal como adelanta Moyano, hay tres áreas principales que permanecen en el desarrollo del libro que se basan en “los vínculos entre arte-vida, arte-política y arte-mercado” (p.11). A lo largo de la obra, se exploran respuestas de filósofos sobre estos temas, se cuestionan y tensan cada una de ellas para luego replantearlas, sin arraigarse a ninguna. Los capítulos breves y la gran cantidad de referencias y respuestas resalta el efecto de urgencia y necesidad que presenta el tema

desarrollado, pero su heterogeneidad y la rapidez con la que se aborda a cada autor puede generar un efecto de superficialidad en el tratamiento del asunto. Al mismo tiempo, esta multiplicidad se ve atravesada por la persistencia de la pregunta y el recorrido histórico de perspectivas y respuestas, que acentúan el interrogante y reflejan la dificultad de fijar una respuesta en el presente. En este marco, se destacan tres líneas de reflexión en el texto: la tensión entre arte y mercado, la transformación del rol del artista en la era digital, y la autonomía del arte frente a las dinámicas de consumo contemporáneo. Éstas no agotan el contenido del libro pero reflejan el hilo conductor de la obra, indicando la complejidad y los desafíos a los que se enfrenta el arte en el contexto actual.

La necesidad de definir al arte hoy está atravesada por el triunfo del neoliberalismo que Borisonik presenta ya desde el segundo capítulo, describiendo sus consecuencias en diferentes entornos por el abuso de poder en sus acciones, lo que impacta en el ambiente, en la tecnología, el arte y en la propia experiencia de vida. Junto con Bifo Berardi resalta cómo, mediante estilos publicitarios, se exhorta a las personas a consumir cada vez más volviéndose una práctica esencial en la vida de cada individuo. En este contexto, donde el deseo se desvincula de la voluntad personal, el arte se convierte en una parte esencial de nuestra existencia, ya que acompañar la vida como proceso creativo es algo que no podemos evitar. Sin embargo, este sometimiento al deseo de consumo sugiere una felicidad que es meramente idealizada y que más bien lleva a la destrucción del ambiente y de la percepción del propio cuerpo.

La experiencia corporal y su centralidad también está atravesada por la digitalidad de la experiencia corporal, en donde se promueve la idea de una libertad de ser quien uno realmente es sin ser conscientes del telón económico de fondo. En estos entramados digitales hay una exigencia permanente de compartir contenido que nos colocaría en un lugar similar al del artista contemporáneo. Esta "creación libre" nos impulsa a querer producir sin darnos el lugar de ser atravesados por las producciones de otros. Mientras que el arte solía pensarse fuera de la esfera de la producción capitalista, el avance de este promete apropiarse no solo de los materiales sino que también de la imaginación y la experiencia corporal sensible, transformando también la esfera de la posición del artista.

Los artistas solían ser considerados seres especiales, inspirados por las musas. En la actualidad, el sentido del artista se transformó y dejaron de ser necesarios demasiados requerimientos, autoproclamándose artista cualquier persona que produzca y comparta. De esta manera, Borisonik resalta una diferencia esencial entre artistas y diseñadores, cuya división parece estar debilitada.

Este desdibujamiento fue consecuencia de la ampliación en las técnicas y la participación de la digitalidad, que produjo un cambio radical en la mirada y gusto estético. En este sentido, para Borisonik, lo que domina el campo cultural y las imágenes en la actualidad no son las artes sino los *diseños inútiles*, con los que se refiere a diseños cuya única finalidad es incrementar el capital. Pero lo que se confunde con el diseño no es el arte, sino al artista. Según lo planteado por Walter Benjamin, cuando el aura dejó de ser condición de las obras de arte, el prestigio y la atención pasó a trasladarse hacia los artistas.

Borisonik demuestra con insistencia la dificultad de definir el arte hoy y de buscar salidas de la inserción de este en el mercado capitalista. Con el objetivo de responder a estas interrogantes, quizá no de manera final pero si dando un paso adelante, el autor retoma a Mackenzie Wark, quien dará un pie para realizar un diagnóstico del contexto presente. Wark distingue que en la actualidad se alzan dos clases sociales: la vectorialista y la hacker. Mientras que la primera son los que tienen la capacidad de influir y dirigir la circulación de información, los segundos buscan modos de compartir y crear un flujo libre de datos, plagiando información y actuando contra el sistema. Pero es la clase vectorialista la que tiene la capacidad de definir las direcciones y de controlar las creaciones en su circulación comercial, incluso las obras más disruptivas.

Desde esta perspectiva, se abre la interrogante sobre cómo hacemos para escapar de esta manipulación y pensar al arte fuera del mercado, ¿cómo hacemos para modificar el resultado de la resistencia? En términos de Wark, Borisonik resalta la importancia de lograr que los hackers asuman su posición y puedan pensar prácticas comunes, reconociendo que el interés del hacker es liberar la circulación de información. Debemos pensar en formas de oposición al poder que acompañen a los tiempos actuales y no pueden darse por fuera de la circulación de información

digital. La cuestión radica en sí el arte puede ser una plataforma para dar visibilidad a ciertos temas y, de ser así, cómo hacerlo.

Borisonik toma y desarma reflexiones e ideas, considerándolas y luego volviendo a desarmar la pregunta por el arte de manera más profunda. El objetivo no es encontrar una respuesta definitiva, sino persistir en la pregunta, darle un lugar central, plantear la problemática y reflexionar sobre el arte desde el contexto actual. La cuestión está en enunciar una realidad constante que debe ser articulada y que afecta todos los ámbitos de nuestra vida inclusive la creación artística. En este sentido, "Persistencia de la pregunta por el arte" demuestra su necesidad en la discusión filosófica del arte actual ya que plantea un detenimiento sobre el arte dirigido hacia los medios digitales, la influencia de estos en la experiencia estética de las personas, el rol del artista en la actualidad, todo esto bajo la contextualización del neoliberalismo avanzado.

En conclusión, en un mundo donde la producción artística está cada vez más entrelazada con la tecnología y las dinámicas del mercado, la pregunta por la autonomía del arte adquiere una urgencia renovada. Borisonik nos recuerda que en una era dominada por la circulación digital, la capacidad de las imágenes para transmitir significado está sujeta a nuevas formas de control y manipulación. Esta situación plantea desafíos inéditos para el artista contemporáneo, cuyo rol se ve desdibujado y redefinido en un entorno que privilegia la producción rápida y masiva por encima de la reflexión y la autenticidad. La tensión entre arte y mercado, creación y consumo, se convierte en un campo de batalla donde la pregunta por el arte es una forma de resistencia. Persistir en una pregunta, como propone Borisonik, es en sí mismo un acto de desafío frente a las fuerzas que buscan subordinar el arte a la lógica capital. Al final, no obtenemos una conclusión última, una definición universal ni particular del arte, sino un marco para seguir pensando y que la reflexión del arte acompañe las transformaciones sociales y tecnológicas. El verdadero valor del arte en el siglo XXI puede habilitar un lugar donde la resistencia y la creación se encuentren para imaginar futuros más libres y menos mercantilizados.